



ACTAS DEL CONSEJO SUPERIOR DE LA SOCIEDAD SALESIANA

SUMARIO

I. Carta del Card. J. Villot, Secretario de Estado de S. Santidad, al Rector Mayor

II. Discurso de apertura del Capítulo General Especial (El Rector Mayor)

El Señor esté con vosotros — El nuestro es un servicio extraordinario — La casa que nos acoge — Nuestra tarea fundamental y especial — Una guía segura en la enseñanza del Magisterio — Tratamos los intereses de Dios — La renovación tiene un nombre: santidad — Renovación en clave salesiana — De la oración el « recta sapere » — La humildad: presupuesto para construir colaborando — Los dos polos de nuestra fidelidad — Un solo corazón en la caridad — De la integración de nuestras fuerzas la conquista de la unidad — ¡Al trabajo, con valor y confianza! — Las razones de nuestra confianza — « Es María quien nos guía »

III. Presentación de la « Relación general sobre el estado de la Congregación » (El Rector Mayor)

La colaboración del Consejo Superior — Características de la relación — El salesiano, centro de interés de la Congregación — Los momentos de la formación — La crisis de las vocaciones — Los salesianos coadyutores — La acción salesiana y la juventud pobre — Los centros juveniles — El reajuste y sus resultados — Los Dirigentes — Las misiones — La solidaridad fraterna — Apostolados sociales — Gobierno y estructuras — La economía — Vivimos de la caridad de los bienhechores — El problema central es siempre el Salesiano.

CARTA DEL CARD. J. VILLOT,
SECRETARIO DE ESTADO DE S. SANTIDAD,
AL RECTOR MAYOR

SEGRETERIA DI STATO
N. 182803

Desde el Vaticano, 26 de abril de 1971

Reverendísimo Señor,

el Sumo Pontífice ha sabido con satisfacción que el 10 de junio próximo, en la nueva Casa Generalicia de via de la Pisana, en Roma, se dará comienzo a los trabajos del Capítulo General Especial de la Congregación fundada por S. Juan Bosco.

Con ocasión de tal acontecimiento, muy importante en la historia de la Sociedad Salesiana como signo de su siempre joven vitalidad y de su deseo de adaptarse completamente a las directrices de la Santa Sede y del Concilio Vaticano II, Su Santidad desea expresar sus fervidos votos y promete oraciones, para que la reunión de tan numerosos y experimentados Religiosos, que traen las experiencias, los ecos, las esperanzas de la grande familia de Don Bosco, esparcida en todo el mundo, produzca los frutos que Vd. los Superiores y los Hermanos esperan.

No ignora, en realidad, el Santo Padre, que este Instituto celebra el Capítulo en un particular momento histórico, lleno de promesas, pero no exento de dificultades y de crisis, tanto externas — por las actuales transformaciones de la sociedad en que vivimos, que dificultan la penetración del mensaje cristiano — como internas — por las repercusiones que dichos cambios producen, en general, en la vida religiosa que se interroga a sí misma, sus fines, sus resultados, y en particular también en la grande Familia Salesiana. En efecto, si se piensa la importancia enorme que tiene en el mundo el problema de

los jóvenes, al que dedica ella sus mejores energías, los fermentos que lo invaden y lo agitan, la aparente ineficacia que se atribuye a los tradicionales métodos pedagógicos, y la exigencia en diversos modos sentida y experimentada de nuevas técnicas educativas, no se puede desconocer que son grandes los problemas que se ofrecen a la reflexión, a la discusión y a la oración de los Padres Capitulares.

El Sumo Pontífice, al mismo tiempo que aplaude la noble empresa que se propone la puesta al día de las directrices apostólicas y religiosas de los Salesianos, hace notar que la solución de los problemas más urgentes debe buscarse ante todo en el estudio cuidadoso y en la solícita aplicación de los documentos conciliares, relativos a la vida sacerdotal y religiosa, entendida como total consagración a Cristo y a la Iglesia para el servicio de las almas. En el caso de esta Congregación, esto querrá decir dedicarse especialmente a los jóvenes, para ayudarles a ser coherentes consigo mismos, a vivir auténticamente la propia experiencia humana y cristiana, haciéndoles que sepan encontrar en la amistad con el Divino Redentor, cultivada con lealtad y delicadeza de sentimientos, el sostén animador de su completa formación, centrada en la vida sacramental de la Iglesia y en la caridad para con los hermanos. Pero este programa, que no es otro que el del Fundador de esta Familia religiosa, no puede ser aplicado plenamente sin el redescubrimiento del genuino espíritu de Don Bosco, que ha dejado hasta ahora una huella inimitable en sus obras, y ha sido un fecundísimo principio de bien para la Iglesia y para la humanidad, empleando todas las energías posibles en el cuidado de la juventud; y todavía hoy, ésta es y sigue siendo la tarea principal de quien, como los Salesianos, ama a los jóvenes y quiere conservarles las fuerzas intactas para servir a los ideales del Evangelio, y para defender los sanos valores de la persona, de la familia y de la sociedad.

El Vicario de Cristo, a la vez que renueva sus buenos deseos y directrices manifestados a los miembros de la Congregación Salesiana en la reciente audiencia del 3 de abril de 1971 (cf. L'Osservatore Romano, 4 apr. 1971), expresa con grande gozo a Vd. y a sus Colaboradores la viva complacencia y el aliento por su acción de orientación y estímulo, y por los fines que se han propuesto en la celebración del Capítulo. En particular, el Santo Padre conoce sus ansias y preocupaciones cotidianas, aprecia su trabajo, ni fácil ni descansado, y quiere asegurarle, en este momento delicado, que le sigue de cerca con su paterna

benevolencia y con su oración, para invocar sobre Vd. la omnipotente asistencia del Señor, por intercesión de María Auxiliadora y de S. Juan Bosco, del cual V. S. Revma. ha recogido la gravosa herencia, y que desde el Cielo no dejará de proteger y vivificar a la Familia por él fundada.

El Santo Padre acompaña estos votos con su propiciatoria Bendición Apostólica, que de todo corazón imparte a Vd., a los Capitulares, y a los miembros todos de la Congregación.

Le expreso a mi vez los mejores augurios de feliz trabajo, mientras aprovecho de la circunstancia para profesarme con sentimientos de religiosa estima de Vuestra Señoría Revma.

*Devmo. en el Señor
G. Card. Villot*

DISCURSO DE APERTURA DEL CAPÍTULO GENERAL ESPECIAL

Carísimos,

no os puedo ocultar mi emoción de este momento: muchos sentimientos surgen y embargan mi corazón. Regocijo, porque hermanos que proceden de las más diversas y remotas regiones aquí nos encontramos atraídos por el mismo ideal, movidos por el mismo espíritu, en el nombre del Padre común. Satisfacción, porque vuestra presencia en este salón representa visiblemente la coronación del largo y trabajoso « iter » de preparación a este Capítulo. Confianza muy viva y fundada que con la gracia del Señor, « viribus et cordibus unitis », lograremos realizar felizmente la misión verdaderamente excepcional que la Congregación, obedeciendo a la voluntad de la Iglesia, nos ha confiado. Lástima que debemos constatar y con honda tristeza que en nuestra Asamblea faltan unos hermanos muy queridos por todos nosotros. A ellos no les ha sido concedido vivir con nosotros estos días de fraterna, salesiana y constructiva caridad. Ellos sufren muchísimo por esta ausencia impuesta, pero al mismo tiempo encuentran en el amor a la Congregación la fuerza para transformar el sufrimiento en holocausto de oración para todos nosotros, para nuestras labores. Y junto con esta preciosa plegaria ellos ofrecen a la Congregación un don no menos precioso: la fidelidad.

Transcribo de una carta recién llegada de más allá del telón de acero: « Nos debe creer: nunca hemos amado tanto nuestra vocación como en medio de las pruebas... Le aseguramos nuestra fidelidad, prometiendo nuestras humildes pero fervorosas plegarias, para que el Capítulo General logre una saludable renovación y una mejoría de vida en la grande familia de Don Bosco ».

Vaya para todos estos hermanos nuestros, doquiera y en cualquier modo impedidos de ejercer su derecho de hombres libres, nuestro recuerdo de cariñosa admiración y de agradecimiento, traducido en plegaria, mientras recibimos de ellos la advertencia y el ejemplo para aquella fidelidad a la Congregación, que es tanto más sentida y generosa cuanto más rociada de lágrimas y de sufrimiento.

El Señor esté con vosotros

Al declarar oficialmente, conforme al art. 138 de nuestras Constituciones, la apertura del Capítulo General Especial XX, no se me ocurre un saludo más hermoso para mí, y ciertamente más de vuestro gusto, que este: « *El Señor esté con vosotros* ». Nuestro Señor nos lo ha asegurado: « Todas las veces que dos o tres se reúnen en su Nombre, El está en medio de ellos! ». Ya había escrito estas palabras cuando pensé consultar las Memorias Biográficas para ver qué había dicho nuestro Padre a nuestros hermanos reunidos el 5 de setiembre de 1877 en Lanzo en el Primer Capítulo de la Congregación. He aquí sus palabras.

« El Divino Salvador dice en el Santo Evangelio que en donde hay dos o tres reunidos en su Nombre, allí se encuentra El mismo en medio de ellos. Nosotros no tenemos otra finalidad en estas reuniones que la mayor gloria de Dios y el bien de las almas redimidas por la preciosa Sangre de Jesucristo. Podemos estar por lo tanto seguros que el Señor se encontrará en medio de nosotros y llevará las cosas en modo que todo sea para Su mayor gloria! ».

Come véis hay una coincidencia de pensamiento y de sentimiento que nos empuja a recibir y vivir intensamente el saludo y augurio que procede no de mí sino de nuestro mismo Padre: « El Señor esté con vosotros ».

El nuestro es un servicio extraordinario

Es el Señor pues que nos ha reunido aquí, por los misteriosos caminos de la Providencia. ¿Por qué? Es sencilla la respuesta. Hemos sido llamados aquí para un servicio extraordinario para con nuestra muy amada Congregación. Ciertamente que participar en Capítulo General es siempre un servicio fuera de lo ordinario, pero participando en este Capítulo General sentimos que el nuestro es un servicio verdaderamente extraordinario, y se puede sin más afirmar que único. El nuestro, todos los sabemos, es un Capítulo que se distingue de todos los demás. Es « especial », y esto por voluntad de la Iglesia, que ha dado normas, indicaciones y criterios para su preparación y actuación

y no solamente, sino que ha determinado claramente sus finalidades y sus metas.

Y nosotros, siempre en línea con nuestro Padre, nos hemos comprometido de lleno para actuar fielmente la voluntad de la Iglesia.

Por esto la preparación ha sido extraordinaria: por su duración, de casi tres años, por la amplia capilaridad de las consultas para poder conocer la « mens » de todos los hermanos de la Congregación sobre numerosos problemas de la misma, por la participación y contribución de estudio por parte de hermanos, grupos y comunidades, y por el mayor número de participantes en los dos Capítulos Inspectoriales y luego en el Capítulo General. Pero esto no es todo. Es de justicia recordar aquí todo el óptimo trabajo realizado en los dos Capítulos Inspectoriales y en las relativas Comisiones de estudio, en clima de libertad, de respeto y de diálogo; y también el trabajo inteligente, paciente y generoso hasta el sacrificio llevado a cabo por las Comisiones centrales. Deseo en particular señalar para la gratitud general a los queridos hermanos que en la Villa Tuscolana en los alrededores de Roma, por diversos meses, incansablemente y en un clima de fraternidad salesiana y de oración ejemplarmente y comunitariamente vivida, han sobrellevado un trabajo verdaderamente excepcional para preparar, a través de pacientes elaboraciones y reelaboraciones, los documentos-base o planes de trabajo, llamémoslos así, que ya están en vuestro poder. Para ellos, para todos los que de cualquier modo y medida han dado en las diversas fases de la preparación su contribución, para el queridísimo Regulador el P. Scrivo, que ha coordinado todo este inmenso trabajo siendo su animador, nuestra gratitud y la de toda la Congregación por el precioso servicio que le han brindado.

La casa que nos acoge

Siempre en tema de preparación especial no podemos dejar sin nombrar la parte logística y técnica.

Después que el Capítulo General XIX determinó que la Casa Central pasara a Roma, nos hemos preocupado para crear la posibilidad de hospedar también el Capítulo General. Y no se trataba de algo pequeño... Proveer alojamiento para 250 y más personas, con todos los servicios consiguientes, no es cosa de poca monta. Se encontró la fórmula creando dos obras: la Casa Central y la Casa para Ejercicios

Espirituales y Encuentros. Se hizo un acto de confianza en la Providencia... y se dió comienzo!

Os confieso que hemos tenido en diversas ocasiones momentos de serias preocupaciones, cuando surgían obstáculos y dificultades imprevisibles para el oportuno acondicionamiento de los locales y de los servicios que debían acoger a los Capitulares y permitir el funcionamiento de toda la máquina organizadora del Capítulo mismo.

Debemos decir que se trata de un verdadero « record » si se ha logrado estar listos, no obstante los muchos y graves obstáculos, por lo menos para los servicios esenciales en ambos conjuntos, la Casa Central y la contigua Casa de Retiros y Encuentros.

Pienso interpretar vuestros sentimientos expresando aquí el bien merecido gracias a nuestro queridísimo Ecónomo General el P. Pilla, que no dejó de luchar ni un momento en contra de los obstáculos de toda especie para superarlos a cualquier costa, y con él a sus inmediatos y preciosos colaboradores. Es cierto que no encontraréis todo plenamente acabado, sea en la Casa Central como en la otra, pero vuestra comprensión, vuestro espíritu de adaptación y de sacrificio sabrán suplir todas las fallos posibles.

Nuestra tarea fundamental y especial

Dicho esto, es muy importante que todos tomemos plena conciencia del encargo que nos confían la Iglesia y la Congregación. Tarea fundamental de cada Capitular es esta: nosotros estamos llamados aquí como legisladores para toda la Congregación, nos encontramos aquí con el encargo de buscar y promover el bien común de la Congregación en su conjunto. A cada uno de nosotros se impone el deber de promover el bien común, dispuestos si es preciso a sacrificar intereses particulares.

Este, según mi parecer, es el espíritu que debe animar al Capitular Legislador, que siente de tener un encargo de interés y alcance universal.

Por lo que se refiere a la finalidad, que hace verdaderamente « Especial » este nuestro Capítulo, vosotros la conocéis muy bien: Promover una « accomodata renovatio », una renovación y adaptación de la vida religiosa de nuestra Congregación. Estas dos palabras encierran un enorme programa y comprenden grandes y complejos

problemas que nosotros hemos de estudiar y resolver. Es suficiente leer el n. 3 del *Perfectae Caritatis* para darse cuenta de la competencia amplísima, antes bien universal, que se le concede al Capítulo General en lo que a renovación se refiere.

« La manera de vivir, de orar y trabajar ha de ajustarse debidamente a las actuales condiciones físicas y psíquicas de los miembros y, en cuanto lo requiere el carácter de cada instituto, a las necesidades del apostolado, a las exigencias de la cultura, a las circunstancias sociales y económicas, en todas partes, pero señaladamente en los lugares de misiones. Según los mismos criterios, ha de revisarse también la forma de gobierno de los institutos. Se revisarán, por tanto, convenientemente las constituciones, « directorios », libros de costumbre, preces y ceremonias y otros códigos por el estilo, y, suprimidas las ordenaciones que resulten anticuadas, adáptense a los documentos de este sagrado Concilio » (*Perfectae Caritatis*, n. 3).

Esta sola y bastante sintética enumeración podría suscitar en algunos, como de hecho ya ha sucedido, algo de reacción. ¿Se debe cambiar todo? ¿Luego nada queda de nuestro pasado?

Es necesario fijarnos en la sustancia y en el significado radical de la palabra « renovación » para darle el valor que corresponda a la realidad.

Ella supone la continua « identidad » del sujeto a través del proceso de la renovación misma: no se trata pues de destruir o de sustituir al sujeto, o sea a la Congregación, con otro, ni tampoco se requiere una nueva fundación. Nosotros no estamos aquí para fundar una nueva Congregación: no tendríamos ni los carismas ni el encargo para hacerlo. Es la misma idéntica Congregación que está llamada a renovarse, quedando substancialmente la misma que Don Bosco ha querido por inspiración de lo Alto y cual se ha desarrollado en el cauce de la sana tradición.

Se trata de una delicada operación de rejuvenecimiento: cabalmente por eso hay que llevarla a cabo con extremada atención y máximo respeto. Se trata en efecto de hundir el cuchillo en un cuerpo vivo y más todavía en el cuerpo de quien nos ha engendrado.

Quien se propone hacerlo debería estar dotado y poseer el espíritu carismático de nuestro Padre.

Al menos preparémonos a esta « operación » con delicadeza hecha especialmente de humildad y de profundo respeto, con la filial preocu-

pación de interpretar la « mens » del Padre, sin caer en la tentación de sustituirnos a El. Caminaremos en terreno seguro apoyándonos constantemente en la guía de la Iglesia: « Duce Ecclesia »...

Ella nos ofrece todos los subsidios que nos facilitan el cumplimiento de nuestro cometido de legisladores de la renovación en la Congregación.

Una guía segura en la enseñanza del Magisterio

El primer subsidio, que al mismo tiempo nos garantiza de trabajar en lo seguro, lo encontramos en los documentos conciliares, postconciliares y luego en el magisterio pontificio y de la jerarquía.

Por lo demás, la Iglesia misma al mandar la Renovación de los Institutos Religiosos afirma claramente que esa debe inspirarse en el Concilio, en todo el Concilio, con todo lo que el mismo comprende y representa de « espíritu renovador e iniciador », según las palabras de Pablo VI. Es superfluo decir que entre todos los documentos conciliares y postconciliares brindaremos primaria y constante y profunda atención a los que nos atañen más directamente.

Pero es evidente que no podemos reducir sólo a estos documentos nuestra continua atención.

Todo el Concilio, en sus documentos, debe estar delante de nosotros, pero integrado especialmente por el Magisterio Pontificio que en estos años, cabalmente acerca de la Renovación, ha sido muy generoso de preciosas enseñanzas y de continuas actualizadas puntualizaciones.

Sería un grave pecado de omisión y un gesto de infidelidad hacia nuestro Padre, tan filialmente atento a la palabra del Pontífice, si nosotros llegáramos a desconocer esta autorizada y magisterial palabra. Con eso no se quiere absolutamente excluir toda aquella interesante, renovadora literatura que se ocupa — en la línea auténtica del Concilio — de la renovación de la vida religiosa.

Como Capitulares Salesianos otro subsidio indispensable lo buscaremos en la literatura salesiana.

Estoy de acuerdo que no podrá haber tiempo para todo: y sin embargo sobre muchos puntos esenciales, salesianamente hablando, deberemos tratar de documentarnos.

No podemos tomar determinadas posiciones acerca de problemas fundamentales sin estar más que seguros.

Para este fin el programa de trabajo estará ciertamente organizado en modo de conceder siquiera el tiempo mínimo para ese necesario estudio.

Tratamos los intereses de Dios

Llegados aquí, me parece que es necesario que tratemos de tomar una clara y profunda conciencia de la naturaleza de nuestra tarea; de esa concreta toma de conciencia emanan consecuencias que son esenciales para el éxito de la empresa a la que estamos por dar comienzo.

No quiero tomar la actitud de maestro ante vosotros, carísimos, pero por la responsabilidad que siento sobre mis espaldas como sucesor de D. Bosco, creo mi deber recordar ante todo a mí mismo y luego a vosotros la palabra del Apóstol: « Videte quod tractatis ».

La nuestra no es una asamblea de socios de una empresa, no es una asamblea política con grupos divididos por intereses económicos o de prestigio o de ambiciones. Nosotros formamos aquí Iglesia, mejor, asamblea de hombres consagrados, reunidos en el nombre del Señor, entregados por completo a un ideal sobrenatural: nosotros nos sentimos hombres de fe, cuyas preocupaciones se enraizan en la fe, y cuya actividad, aún esta en acto, está toda iluminada, vivificada y motivada por la fe.

En efecto nos encontramos aquí no por intereses como quiera que sea humanos, sino por los intereses de Dios, de su Reino, de su Iglesia. Estamos aquí por los intereses de las almas, ante todo las de nuestros Hermanos, y de aquellos que la Providencia nos confía. Por esto, aún cuando tengamos que ocuparnos de argumentos organizativos, económicos, esos nos interesan sólo en cuanto son instrumentos necesarios de nuestra misión; y las mismas ciencias sociológicas, estadísticas, históricas, filosóficas de las que nos servimos, están todas en función de la misión a la que estamos entregados, que es misión espiritual, sobrenatural. Si nosotros sentimos verdaderamente de estar aquí para tratar los « negocios de Dios », de las almas, no tardaremos en admitir que todos los recursos humanos que nosotros hemos puesto en acto (¡y no son pocos!) no tendrán casi ningún valor si en la actuación de nuestro encargo nosotros no nos ponemos en el plan de Dios; más claramente aún en un plan y visión sobrenatural.

La renovación tiene un nombre: santidad

Son pues muy naturales y muy útiles algunas consideraciones. Acerca del Capítulo General la palabra « renovación » aparece a cada momento. Pero cualquier plan de renovación, aún el más perfecto, nada logrará si no se transforma en vida vivida por cada uno de los miembros.

Este vivir los valores — todos los valores de la renovación — tiene su nombre: santidad. Debemos afirmarlo claramente: como consagrados nuestra vocación específica, profesional, es y será siempre, tender a la santidad más y mejor que los simples bautizados: todo y todos nos lo recuerdan: la Iglesia, el Concilio, el postconcilio. Pues ya el mismo Don Bosco no se cansaba de repetirlo a nuestros predecesores. En una Circular del 9/6/1867 con expresión firme escribía: « Primera finalidad de nuestra Sociedad es la *santificación de los miembros*. Cada cual se lo grabe muy bien en la mente y en el corazón: comenzando por el Superior General hasta el último de los Socios ninguno es necesario para la Sociedad. Solamente Dios debe ser su Jefe, su Dueño absolutamente necesario » (Ceria, *Epistolario de S. J. Bosco*, Carta 559).

Y también la base de la Congregación manifiesta la necesidad y la voluntad de esta renovación profunda que no tiene sino un nombre: santidad.

Ahora nosotros debemos preguntarnos con extremada sinceridad — es nuestra primaria responsabilidad —: ¿Cómo responde el Salesiano hoy a este imprescindible compromiso y necesidad? ¿De qué manera en la nueva situación y en el nuevo clima, que han surgido en el mundo en que el Salesiano debe vivir hoy y para el cual debe trabajar, puede ser fiel a este su compromiso? ¿Nuestro organismo tal como se encuentra y funciona hoy día, logra dar al Salesiano aquella carga sobrenatural de la que él tiene absoluta necesidad? ¿Cómo logra producir y comunicar la vitalidad auténticamente apostólica que en el pasado electrizaba el Salesiano? ¿Este organismo acusa cierto debilitamiento? Es cierto en efecto que en las comunidades se constata un « *sensus* » y una « *mens* » y por consiguiente un modo de vida burguesa, secularizadora, mundana, con un cristianismo « fácil, sin sacrificios, sin deberes, sin renunciaciones, sin superiores, sin dolor », que se aleja « *verbo et opere* » de los postulados de la vida consagrada y salesiana. ¿Cuáles

son los motivos, todos los motivos de esta situación? ¿Y entonces, nos preguntamos, los medios y los caminos que hoy la Congregación brinda al salesiano para tender a la santidad son todavía adecuados a las nuevas situaciones? ¿Y cómo son utilizados? ¿Se impone tal vez sustituirlos con otros medios y modos eficaces pero siempre inspirados a un grande celo para la santidad y para la perfección?

Las mismas preguntas hay que ponerse con respecto al apostolado, al verdadero apostolado, y en primer lugar entre los jóvenes, especialmente pobres, necesitados y abandonados. El S. Padre en su mensaje a nuestro Capítulo nos lo recuerda con toda su autoridad: « Si se piensa — nos dice — la enorme importancia que adquiere en el mundo el problema de los jóvenes, los fermentos que le invaden o le agitan, la aparente ineficacia que se atribuye a los métodos pedagógicos tradicionales y a la exigencia diversamente sentida y experimentada de nuevas técnicas educativas, no se puede no señalar la gravedad de los problemas que se presentan a la reflexión... de los Padres Capitulares... ».

Renovación en clave salesiana

Los mismos primordiales y fundamentales problemas se ponen, si bien con muy diversos matices, en toda la Congregación, como aparece por los Capítulos Inspectoriales.

Repito, la Congregación debe y quiere renovarse ante todo en su vida religiosa, espiritual y al mismo tiempo apostólica, y vosotros comprendéis qué extensión de valores se concreten en estas palabras. Pero quisiera agregar en seguida que esos valores debe ser renovados en clave salesiana, para el salesiano, pensando en su espíritu, en su misión, en su naturaleza que no es la de los Hermanitos de Jesús o de los Jesuitas o del Opus Dei...

Por esto no debemos ignorar la realidad, ni cerrar los ojos frente a nuestras deficiencias, a nuestros puntos débiles, pero tampoco detenernos en ellos, si no es para hacerlos desaparecer.

De la oración el « recta sapere »

Delante de problemas de ese alcance se evidencia toda la importancia, más aún la necesidad, que nosotros, en clima de Cenáculo, como los Apóstoles, unamos nuestros corazones en la oración.

Al acercarse el Capítulo General Especial toda nuestra múltiple familia se ha sentido más íntimamente comprometida en la oración, reconociendo la absoluta necesidad de la ayuda divina. De todas las partes del mundo he recibido aseguraciones y diría documentaciones de ese inmenso coro de oraciones; y pienso sobre todo en muchas almas que han ofrecido al Señor no sólo sus sufrimientos, a menudo hasta muy agudos, sino hasta la misma vida.

Por esto hoy nosotros, agradecidos por tanta caridad, nos sentimos alentados y confiados. Pero es natural que no podemos delegar en otros la parte de oración que nos corresponde, cabalmente por las peculiares responsabilidades que nos esperan.

El filósofo Peter Wust, al coronar toda su vida dejaba como herencia a sus discípulos estas palabras: « He descubierto con absoluta certeza la llave, la mágica llave, de la Sabiduría: es la oración ».

Nosotros tenemos cabalmente necesidad — en esta nuestra grande empresa — de la sabiduría que viene de Dios; con mayor razón necesitamos de la llave para alcanzarla: con la oración.

El Señor ha dicho: « El Padre enviará al Espíritu Santo sobre los que le invoquen ».

¿Y qué es el Espíritu Santo sino la Sabiduría infinita de Dios? Por esto nos dirigiremos día tras día a El para que, enriquecidos por su Sabiduría, podamos « recta sapere », o sea ver claramente para sabiamente valorizar y luego rectamente deliberar.

Nosotros tenemos además la dicha de vivir juntos estos días extraordinarios. Nos encontraremos juntos, antes que en los trabajos, en el encuentro comunitario con Dios.

Nuestra plegaria quedará así grandemente potenciada, exaltada: nos lo ha asegurado el Señor.

Pero hay algo más todavía: nosotros nos encontramos cada día reunidos al rededor de la Mesa Eucarística. El nuestro no será un espectáculo más o menos sugestivo, no: será un revivir con la fe misma de los discípulos el misterio del Jueves Santo. Reunidos con El, en El, por El, alimentados de lo mismo y con la misma bebida, nos sentiremos abrazados por la solidaridad de Cristo; después de haber llevado nuestros problemas, nuestras dudas, nuestra vida cotidiana a la Eucaristía, traeremos de ella aquel « robur et auxilium » de los que mucho necesitamos.

Pero nuestra plegaria personal y comunitaria, la misma Eucaristía,

podrían quedar como inutilizados en sus divinos efectos, si nosotros tuviéramos que presentarnos al Señor faltos ante todo de aquella humildad que es la « *conditio sine qua non* » que El pone para dar su gracia: « *Resistit superbis, humilibus dat gratiam* ». Es una ley del Señor.

La humildad: presupuesto para construir colaborando

Cabalmente porque estamos convencidos de esta « ley » de la humildad, estaremos muy atentos en defendernos de los asaltos del « yo », del amor propio, siempre listo para salir a la luz, disfrazándose con formas de persuasión de sugestión.

El P. Voillaume hablando a cardenales, obispos, al Papa mismo, reunidos en Ejercicios, a cerca de las palabras de Jesús: « Si no recibís el reino de Dios como un niño, no entraréis en él » señala cómo en estas palabras de Jesús se halla toda la humildad de la inteligencia y el desapego del corazón.

Es cabalmente esa la actitud y el espíritu que cada uno de nosotros debe llevar al Capítulo.

El diálogo, es necesario que por lo menos aquí lo indiquemos, muy importante e insustituible para un estudio eficaz de los problemas, se funda ante todo en la humildad y por lo tanto en el respeto del otro y en la confianza.

Este será fecundo, si ninguno se presentará como omnisciente y en absoluta posesión de la verdad, y no puede consistir en pretender la rendición incondicional de la otra parte. ¡Cuánto importa pues que el ánimo se disponga con benevolencia, no solamente a oír, sino a escuchar a los demás!

Siempre en tema de humildad, quisiera agregar otra palabra: además de la humildad personal, llevemos al Capítulo aquella — ¿cómo llamarla? — colectiva o colegial.

D. Rúa, y me es muy grato citarle, mientras nos acercamos a su Beatificación, en una circular del lejano 29 de enero de 1894, así escribía a los Salesianos: « Una cosa es cierta, que examinando brevemente el estado actual de nuestra Pía Sociedad, es fácil que encontremos en ella no pocas imperfecciones: esto Dios lo permite para conservarnos en la santa humildad ». ¡No creo se pueda decir que Don Rúa fuera un triunfalista!

¿Y nosotros? Deberemos tener la lealtad, la franqueza y la « santa humildad » de reconocer las deficiencias, las infidelidades, las miserias que sin duda se observan en la Congregación, evitando toda posición « a priori », y en último análisis orgullosa, de quien no quiere reconocer las realidades algo ingratas. Esto no es ponerse como jueces que condenan hombres y cosas de la Congregación, sino por el contrario es para todos un examen de conciencia movido por el amor hacia la misma, que nosotros queremos cabalmente *sine macula et sine ruga*.

Los dos polos de nuestra fidelidad

Un aspecto, que diría consecuencia de la humildad que debe guiar nuestra acción en el Capítulo, es la fidelidad. Esta en efecto supone mirar, mejor aún adherir con confianza, sin dudas, decididamente a alguien, a algo importante: Dios, la Iglesia, la Congregación, aún renunciando a sí mismos, a sus cosas, a sus mismos modos de ver.

En los trabajos capitulares esta palabra, FIDELIDAD, como ya en los documentos del « iter » de preparación del Capítulo, será muy frecuente. La fidelidad, se ha escrito, es « la tensión hacia la roca de la cual hemos brotado y al mismo tiempo hacia el punto final al cual nos dirigimos! ».

La fidelidad pues es el continuo descubrimiento del vínculo profundo e irrompible que une estos dos polos; es la penetración, más allá de las cortinas fumógenas de la superficialidad, en la razón de ser de lo que se acepta y se profesa; brevemente, es una ley de la vida.

El sentido pues de la fidelidad no puede confundirse con el costumbrismo y con el inmovilismo, sino que exige una constante, consciente actitud vivificada por la luz de la experiencia.

Lo que interesa es esto: que cada uno de nosotros aquí tenga la persuasión que la fidelidad, en momentos de renovación como el que nosotros vivimos y de la cual somos los realizadores, es una actitud en sí misma positiva y *dinámica*: no es, y no debe ser, la pasiva aceptación de algo que se ha heredado y que ha ingresado en nuestro patrimonio, sino más bien la activa preocupación para trabajarlo y llevarlo a la máxima expansión. No guarda parentesco la fidelidad con un inmovilismo celoso, ni con el tímido tradicionalismo, sino que se compone de actividad y juntamente de reflexión, de meditación.

La fidelidad, en el fondo, es expresión de amor (en nuestro caso

de amor a D. Bosco y a la Congregación) y el amor verdadero, inteligente, auténtico, exige que la persona y la cosa amada no se transformen en objeto arqueológico, sino quedando siempre la misma, viva con vida activa, dinámica y fecunda.

Pero debemos convencernos también que la fidelidad no puede guardar parentesco ninguno con cierto inconsiderado progresismo que quiere lo nuevo por lo nuevo; que mira prácticamente, aun cuando no tenga conciencia de ello, a la eversión; que admite y acepta cualquier hipótesis como demostrable o demostrada; que, en nombre de la apertura, vacía y lleva al laicismo al salesiano y con él su misión.

Dicho esto, reconozco que el discurso, en la práctica, se hace siempre muy delicado, como muy delicadas y complejas son las situaciones en las que se deben aplicar estos principios. Pero cabalmente por esto tendremos que proceder con un grande sentido de responsabilidad, para evitar Scila sin acabar en Caribdis.

Un solo corazón en la caridad

Carísimos, al comienzo de mi discurso, os invitaba a hacer de esta grande y hermosa familia un cenáculo vivo y activo. Pero siento que no podremos ser Cenáculo sin la que es el alma del mismo: la fervorosa caridad fraterna.

La celebración Eucarística, vivida con diligencia y fecundidad, será ciertamente la primera fuente alimentadora de nuestra fraternidad. Pero muchos otros elementos, espirituales y humanos también, contribuirán para conservar vivo entre nosotros el clima de aquella caridad que une los corazones en la comprensión, en el compadecimiento, en la colaboración, en la alegría.

Una razón específica, y diría de particular interés, tenemos nosotros para ser todos constructores de nuestro Cenáculo de caridad. He leído, en un libro que trata de la renovación, estas palabras que no he olvidado, también porque son de una persona de muchísima experiencia de vida religiosa y de Capítulos Generales: « La renovación no puede realizarse sin la caridad ».

« Renovación en efecto significa un mayor amor y estructuras mejores para dar empuje a este mayor amor! ». ¡Cuán lejos están de la verdad aquellos que piensan que por amor de las reformas puede romperse la caridad!

Nosotros hemos creído, y queremos creer en el sentido más pleno, en la caridad. Procedemos de todos los ángulos de la tierra, pertenecemos a muy diversas culturas, civilizaciones y costumbres. La gama de nuestras edades es bastante amplia; también las ideas y los puntos de vista no siempre podrán coincidir. Todo esto lo superará nuestra fraternidad. No por nada nos decimos, y sentimos que lo somos, hijos del mismo Padre.

De la integración de nuestras fuerzas la conquista de la unidad

El fruto más precioso y más codiciado de esta caridad de Cenáculo será el cumplimiento de la plegaria-testamento de Cristo « *ut unum sint* », ya aparecida en los comienzos de la Congregación en los labios de nuestro Padre.

En el lejano 1869, apenas D. Bosco pudo conseguir de Roma la suspirada aprobación de la Congregación, reunió a aquellos primeros hermanos nuestros y les dictó una muy larga conferencia sobre este argumento: « *Vivere in unum* », desarrollando las muchas razones y los aspectos de este « *vivere in unum* » (*M.B. IX, 571 ss.*). En este momento siento ser como el eco de la voz angustiada del Padre: Viva-mos, obremos con la voluntad orientada hacia *la unidad*. Hagamos de veras *comunidad*.

Sé muy bien que todos nosotros llevamos en nuestro corazón las inquietudes, las tensiones, las sugerencias, las impacencias, los mil aspectos de la crisis que embarga a la Iglesia y a la sociedad, y está presente también en la Congregación.

Como decía antes, traemos aquí, por muy diversas causas, mentalidades, sensibilidades y preocupaciones a menudo tal vez muy diversas. Las diversidades serán una riqueza providencial, si obrarán en un plan superior de verdadera y auténtica *comunidad*.

Ninguno sin embargo puede pensar y mucho menos desear una *unidad* preestablecida, diríamos casi preconstruída, un « *unanimismo* » artificial y absolutamente infecundo. Nosotros pensamos y deseamos una *unidad* de conquista, porque sinceramente querida, buscada y sufrida, sí sufrida y con razón.

El Card. Doepfner al abrir los trabajos del grande Sinodo de los Católicos de la Alemania Federal, los invitaba a la *unidad* citando las

palabras de San Pablo a los de Efeso: « Sed celosos en conservar la unidad que es don del Espíritu ». Pero hacía notar que poco antes el Apóstol invitaba a los mismos cristianos a que supieran sobrellevarse recíprocamente con amor fraterno, mejor aún que supieran « aceptarse los unos a los otros ». « Estas palabras — es siempre el Cardenal que habla — suponen conflictos, diversidad de opiniones, controversias, puntos de contraste ». Y nosotros agregamos: y todo esto es en la naturaleza misma de las cosas: no sería normal si no fuera así.

Pero el trabajo y el recíproco sufrimiento en la búsqueda de la verdad, si están animados por un verdadero y concreto amor fraterno, y especialmente por el amor puro y sincero a Don Bosco, a la Congregación, harán que nos aceptemos los unos a los otros y que hallemos en muchos problemas el punto de encuentro, la síntesis para la solución mejor, que será el fruto feliz de la integración de las diversas y preciosas energías presentes en el Capítulo.

¡Al trabajo, con valor y confianza!

Carísimos Capitulares, estoy seguro que me habéis perdonado el largo-metraje de mi discurso. Espero que no sea con menoscabo de la eficacia de lo que he dicho con corazón de hermano, con la única intención de rendir mi obligado servicio a la común Madre, la Congregación.

¡Y ahora, al trabajo, *con valor y con confianza!*

Enfrentémonos con los problemas que nos esperan, con ánimo libre de cualquier triunfalismo o de un facilismo simplista.

Nosotros no debemos y no queremos tener miedo a mirar de frente los problemas, ya lo dije, pero no queremos tampoco dejarnos llevar, visto el conjunto de problemas que la situación nos impone, por el desaliento de los tímidos, por un derrotismo pesimista. Nuestro Capítulo entiende obrar, arrancando de un realismo considerado sin embargo con valor.

¿Pero de qué valor se trata? Aquel que es virtud, virtud de los fuertes y por tanto de los sabios, porque la verdadera fortaleza no puede ir separada de la sabiduría. Este valor, pues, fruto de la fortaleza y de la sabiduría unidas en feliz simbiosis, no debe ser confundida con el atrevimiento orgulloso de quien corre hacia lo desconocido.

Será el nuestro ante todo el valor de los hombres fuertes que *piensan* antes de *atreverse*. Pero será algo más.

Sentimos como dirigidas a nosotros las palabras de Jesús a los Apóstoles: « ¡No tengáis miedo, aquí estoy yo! ». Y Jesús, recordemos, « *es el dueño de lo imposible* », como escribía P. De Foucauld, con aquel dominio de las cosas y de los corazones que da, a cuantos se abandonan en El, el sentido de la seguridad y de la paz en medio de los oleajes: « ¡Nada te turbe! ».

Las razones de nuestra confianza

Al mismo tiempo he invitado a la confianza, y con buenas razones. Tenemos en la Congregación muchas fuerzas sanas, en todas las categorías, niveles, edades, en todos los ángulos de la tierra. Hay que conocer a la Congregación, a toda la Congregación, en todas sus componentes, para darse cuenta de ello.

Quisiera sobre todo poner en evidencia que tenemos en la Congregación una juventud, ciertamente, con ideas, actitudes, exigencias, sensibilidades a menudo muy diversas de las de las generaciones anteriores, a veces hasta víctima de la inseguridad, de un problematismo exasperado, de un secularismo que oscurece y borra lo sobrenatural; pero en medio de esta juventud hay también elementos magníficos bajo cualquier aspecto: viven generosamente su consagración, aman sinceramente a Don Bosco y a la Congregación, aún cuando vean de esta los defectos y las ineficacias; están listos para entregarse hasta el sacrificio, poseen una piedad sólida, convencida: son nuestras esperanzas, el porvenir de la Congregación.

Y dejadme que añada algo más. La Iglesia tiene confianza en la Congregación, una confianza que procede de quien nos conoce en un plan podemos decir universal, una confianza que a veces hasta miedo me da.

Todavía en la última audiencia que se me ha concedido, Pablo VI con expresiones que me confundían, pensando en nuestra muchas deficiencias, ha querido confirmar esta grande confianza suya y de la Iglesia en nuestra Congregación.

Hablando luego con los Superiores de otras Ordenes y Congregaciones he podido rehacer el juicio sobre nuestras realidades, no

obstante todas las deficiencias que no debemos desconocer ni subestimar. Pero entre tantas otras cosas veo que todos nos enfrentamos con dificultades muy parecidas.

Pero tenemos todavía motivos de confianza, diría familiares, muy especiales por cierto. Es tal vez un hecho único: en los orígenes de la Congregación se da una presencia de lo sobrenatural que tiene algo de excepcional.

Hablando de la Congregación, de su nacimiento, de su desarrollo, Don Bosco decía textualmente: « Se puede decir que nada hay que no haya sido conocido antes. Ningún paso dió la Congregación, sin que lo aconsejase algún hecho sobrenatural; ni hubo algún cambio o mejoría o contraorden que no haya sido precedido por una determinación del Señor. Y a este punto pues — es siempre Don Bosco que habla — me parece justo que se deje a parte al hombre. ¿A mí que me interesa que de esto hablen bien o mal? ¿Que me interesa que los hombres me juzguen de una manera o de otra?... ¡Pero es necesario que se manifiesten las obras de Dios! » (*M.B. XII*, pag. 69).

No puede entonces causar maravilla la explícita afirmación de Don Bosco: « Entre todas las Congregaciones y Ordenes religiosas tal vez la nuestra es la que tuvo más palabra de Dios » (*M.B. XVI*, pag. 305).

Puesto todo esto, ¿cómo podemos pensar que en el momento en que la Congregación, por voluntad de la Iglesia y luego del mismo Don Bosco, está llamada como a renacer, el Señor la deje faltar aquella inspiración y guía que le brindó tan generosamente en los comienzos?

Tenemos todo el derecho de contar con la ayuda del Señor: *Adiutorium nostrum in nomine Domini!*

« Es María quien nos guía »

Esta ayuda trataremos de merecerla, pero nos será más fácil conseguirla por medio de la Virgen Auxiliadora.

Dos figuras son inseparables, si bien por diversa razón, en la vida y en la misión de Don Bosco: el joven y la Virgen.

En aquella lejana mañana de la Inmaculada de 1887 Don Bosco, volviéndose a contemplar el largo y no fácil camino de su vida, a los salesianos que le rodeaban, dijo: « Hemos caminado sobre seguro:

no podemos equivocarnos. ¡Es María quien nos guía! » (*M.B.* XVII, pag. 439).

Se trataba de una verdad que Don Bosco gustaba de repetir a menudo, confirmada en mil ocasiones y en mil maneras: « ¡María fue siempre mi guía! » (*M.B.* V, pag. 155).

Si lo ha sido para nuestro Padre, María ¿no querrá serlo también para nosotros que, en la fidelidad absoluta a Don Bosco, queremos en estos meses trabajar para que la Congregación salga de este Capítulo « *qualis esse debet* »?

Con la confianza ilimitada de nuestro Padre en María, con el fervor de los Apóstoles en el Cenáculo, juntémonos al rededor de Ella repitiéndole con el corazón lleno de filial humildad: « Oh María, tu has sido guía segura de nuestro Padre en el nacimiento y en el desarrollo de nuestra Familia, sé también para nosotros, conscientes de nuestra debilidad e inseguridad, guía segura en el camino que la Providencia nos ha señalado para llevar a nuestra querida Congregación hacia aquella verdadera y fecunda renovación que sea para ella como el renacer de la primavera ».

PRESENTACIÓN DE LA « RELACIÓN GENERAL SOBRE EL ESTADO DE LA CONGREGACIÓN »

Queridísimos Capitulares,

heme aquí a cumplir el mandato del Capítulo General XIX. En el art. 31 del reglamento de dicho Capítulo se lee: « En una de las sesiones iniciales del Capítulo el Rector Mayor presentará una relación general del estado de la Congregación ».

Dada la novedad de la cosa, he estudiado el modo más apto para responder e interpretar la voluntad del Capítulo General XIX. Digo interpretar, porque está claro que una relación « sobre el estado de la Congregación », — únicas palabras del reglamento — a falta de otra indicación más concreta, puede ser enfocada en formas diversas. Precisamente por esta dificultad y con la preocupación de hacer una cosa útil a todos he querido servirme de la colaboración del Consejo.

La colaboración del Consejo Superior

Es oportuno hacer presente aquí que — tanto en esta relación como en cualquier otro problema, aunque fuese sólo de relativa importancia — hemos trabajado siempre colegialmente con evidente fruto y ventaja. En efecto me convenzo cada vez más que, hoy especialmente, es posible afrontar útilmente los problemas y resolverlos convenientemente, sólo si se confrontan libre, serena y respetuosamente matices, puntos de vista y apreciaciones diferentes.

He podido siempre constatar que semejante cotejo de ideas y mentalidades, actuado en este clima de absoluta libertad y a la vez de mutuo respeto y estima, conduce siempre a las síntesis finales que

representan lo mejor a que puede llegar, « omnibus perpensis » quien tiene la responsabilidad de la última decisión.

Por tanto he procurado atenerme a este método, por otra parte substancialmente indicado y favorecido por el Vaticano II y por el mismo Cap. Gen. XIX, con la cordial, fraterna y constructiva colaboración de todos los miembros del Consejo. Y me creo en el preciso y grato deber de dar fe ante esta solemne asamblea de esta fecunda obra llevada a cabo conmigo por los miembros del Consejo Superior. Me parece poder afirmar que siempre hemos trabajado con el único fin de servir a la Congregación en sus verdaderos intereses, y en particular para realizar las deliberaciones vivificantes aprobadas por el Cap. Gen. XIX, y para inyectar y propagar en la Congregación el espíritu renovador que habían producido.

Este compromiso, — lo podréis comprobar durante la lectura de la relación — comenzado y llevado adelante con tanto entusiasmo inmediatamente después del Capítulo, ha tropezado después con dificultades varias. Una es la siguiente: mientras se iniciaba la acción para poner en práctica las deliberaciones del Cap. Gen. XIX, ya avanzaba lo que alguno ha llamado el viento del posconcilio.

De hecho la Congregación se ha encontrado, por así decirlo, en el centro del ciclón, precisamente en el momento en que se había puesto en movimiento el aparato destinado a dar eficacia al Cap. Gen. XIX que había hechos suyos no pocos valores conciliares.

Conviene tener presente que esta coincidencia ha tenido repercusiones y consecuencias de mucha importancia, agravadas por el hecho de que contemporáneamente hemos debido movilizar y dirigir nuestras fuerzas estos tres años a la preparación del Capítulo Especial establecido por la « Ecclesiae Sanctae ». Es verdad que ha sido un bien, un gran bien, además de un deber para con la Iglesia y la Congregación, pero no se puede negar que no pocas deliberaciones y orientaciones del Cap. Gen. XIX, a causa de los acontecimientos, no se han podido llevar adelante.

Características de la relación

Volviendo a la relación que se presenta a vuestra atención, como decía antes, es fruto del trabajo conjunto de todos los miembros del

Consejo, quienes han contribuído primero con sugerencias e ideas para su enfoque, y después, cada uno en el ámbito de su competencia, con todos los elementos de información de primera mano a su disposición sobre los diversos argumentos tratados en la relación.

En un segundo tiempo ha sido todavía examinada y discutida colegialmente y después reelaborada y — por decirlo así — armonizada por el Rector Mayor, habida cuenta de las sugerencias y observaciones recibidas.

No obstante todo este trabajo, la relación no puede pretender ser... perfecta y exhaustiva. A parte la dificultad y la incertidumbre producida por el hecho de ser la primera vez que se prepara un documento semejante, hay que decir que nos hemos encontrado ante dificultades no pequeñas de diversa índole.

He aquí una: la Congregación es una realidad viva y compleja, con diferencias con frecuencia muy notables en las diversas situaciones; de aquí la dificultad de presentar una relación que, sin perderse en detallados análisis, ofrezca al mismo tiempo una imagen fiel de la realidad del conjunto de la Congregación.

Me parece que, no obstante sus fallos y sus límites, la relación no es sólo un acto de « *obediencia* » al Cap. Gen. XIX, sino que además nos ofrece a nosotros, y por tanto a la Congregación, como una radiografía de la misma.

Los Capítulos Inspectoriales Especiales han tenido entre manos una « radiografía » de lo que pensaba la Congregación.

Esta relación, aun dentro de sus límites, se puede considerar una radiografía de lo que la Congregación de hecho hace y de cómo lo hace en los sectores fundamentales de su vida.

He hablado de radiografía: tal vez la palabra no sea exacta, no se trata siquiera de « fotografía panorámica » de la Congregación. La foto es esencialmente estática, capta un momento de una realidad. La relación que se ofrece a vuestra atenta lectura es en cambio — se comprende la palabra — dinámica.

En efecto, no se preocupa tanto de « fijar » el estado de la Congregación hoy, cuanto de hacer ver — en perspectiva dinámica — cómo se ha llegado al estado actual a través de la evolución de estos seis años.

La relación además de dinámica es — al menos relativamente — sintética. Sus cien páginas, como podéis comprobar, precisamente por

la síntesis, son densas y se han completado con un fascículo de estadísticas. Estas, leídas e interpretadas rectamente, dan una visión panorámica, al día y documentada de la Congregación en todos los aspectos esenciales de su vida.

Serán ilustrados varios aspectos particulares y detallados de la vida de la Congregación y, cuando sea necesario, desarrollados a medida que el Capítulo irá tratando cada uno de los argumentos.

Para concluir esta introducción que me ha parecido necesaria, pienso y espero que la relación que el Rector Mayor os presenta en nombre del Consejo facilitará vuestro trabajo en cuanto os dará una visión no sólo parcial de la vida de la Congregación, sino general o por lo menos bastante amplia — aunque no sea absolutamente completa — y a la vez, en los límites de lo posible, al día.

Os podréis dar cuenta así del « humus » en el que debéis sembrar, de las situaciones vivas y reales en las cuales debéis interesaros, del clima en el cual deben ambientarse nuestras deliberaciones.

El salesiano, centro de interés de la Congregación

La relación tiene un plan, y por consiguiente sigue un hilo conductor que responde a las sustanciosas orientaciones del Cap. Gen. XIX.

El Salesiano, centro de interés de la Congregación, ha sido una de las orientaciones más significativas, más fecundas y de mayor compromiso que nos dió aquel Capítulo.

Este al poner al salesiano en el centro, evidentemente quería hacerlo más salesiano, mejor salesiano; miraba a promoverlo en su entereza y totalidad, como hombre y como bautizado, como consagrado y como apóstol, dedicado específicamente a continuar la misión de Don Bosco, con su espíritu y con su estilo. En efecto la Congregación no son las obras, sino los Salesianos, y la Congregación será tanto más activa y fecunda cuanto cada salesiano responda mejor a la imagen ideal que la Iglesia y la sociedad misma se ha hecho de ella.

Este planteamiento, respondiendo a instancias profundas, sentidas y muy válidas en la Congregación, si es verdad que ha encontrado correspondencia y desarrollo, no puede decirse lo mismo que lo haya tenido en la medida y en la manera que se esperaba. No es este el

momento para hacer un diagnóstico profundo y detallado de las causas, en verdad muy complejas y conectadas también con situaciones extrañas a la Congregación, que han podido limitar la actuación radial y capilar de esta vital orientación: el Salesiano, centro de interés de la Congregación. Lo que se puede decir sin embargo, con humilde y serena sinceridad, es que se ha hecho ya mucho en este sentido.

La relación, aunque no aparezca con mucha evidencia, de hecho acompaña y presenta los aspectos y los momentos de la vida del Salesiano, que es vida de consagración de oración, de fraterna y operante convivencia, de apostolado.

Los momentos de la formación

Mas el Salesiano, como tal, no nace adulto, formado. He aquí pues todas las fases de este desarrollo, desde el nacimiento al fin del período estrictamente formativo, con todos los elementos que tal período implica.

Pero si es verdad que hay un período específicamente dedicado a la formación, no es menos verdad que también después de tal período por todos se siente la necesidad y por tanto el compromiso de lo que hoy se llama « la formación permanente ». La experiencia del llamado segundo noviciado realizado en Caracas por unos treinta sacerdotes, demuestra toda la importancia vital de esta « formación permanente ».

La relación toca todos estos momentos y aspectos de la formación que interesan a la vida y al mañana de la Congregación, a la luz de la realidad de estos años ciertamente poco fáciles. Un conjunto de motivos diversos bien conocidos por todos han puesto a la Congregación, y en particular a los responsables de la formación a todos los niveles, ante problemas nuevos y complejos sin pausas y siempre con mayor urgencia. El fenómeno, presente, aunque con diversas y aún notables graduatorias, en todo nuestro mundo, presenta matices agudos y a veces hasta graves en algunas zonas: la relación quiere dar una imagen lo más realista posible de la situación. Pero hay que tener presente, como se ha dicho, la diversidad de situaciones, con frecuencia muy notables, que encontramos en la Congregación.

A mi juicio hablando de formación, teniendo en cuenta nuestra

experiencia y la ajena, especialmente en estos últimos años, será necesario revisar todo el contenido del período que comprende la formación del Salesiano, desde que empieza a manifestarse la vocación hasta llegar a las metas esenciales y en su continuo alimentarse y renovarse.

Los eventuales errores del pasado aun el más reciente nos deben servir para corregirlos con el necesario valor no desligado de un sano realismo para pisar nuevos caminos por donde el Salesiano de nuestro tiempo llegue a vivir una vocación auténtica, convencida, robusta, específica y fecunda.

Todavía a propósito de formación, en la relación encontraréis tratados a parte los problemas del P.A.S. Por la lectura de esas páginas os daréis cuenta en seguida que se trata de un argumento de particular importancia. El Capítulo, que representa toda la Congregación, no sólo se enterará atentamente de él, sino que deberá estudiar, al menos en líneas generales, las soluciones de los problemas que están sobre el tapete; en modo particular me parece que el máximo organismo de la Congregación, aconsejándose con la experiencia, deberá responsablemente indicar qué es lo que la Congregación espera y exige del P.A.S., qué orientaciones propone, para que a los sacrificios muy gravosos que la Congregación soporta para dar vida al P.A.S. respondan frutos convenientes no sólo intelectuales y culturales, sino también apostólicos, salesianamente válidos.

La crisis de las vocaciones

Un argumento que veréis tratado en la relación con cierta abundancia de datos es el doloroso tema de la crisis de vocaciones. El tema no considera sólo la disminución de las nuevas vocaciones, de lo cual también se habla, sino sobre todo del triste fenómeno de los que abandonan la Congregación en las varias etapas de nuestro currículum. Da siempre lástima ver a los hermanos que nos dejan, pero lo es más aún cuando se trata de hermanos ya adelantados en la edad, ligados definitivamente a la Congregación, algunos, más aún, unidos con el crisma sacerdotal. Todos sabemos que se trata de un fenómeno que aflige a toda la Iglesia y a las Ordenes y Congregaciones religiosas masculinas y femeninas. Por el contrario tal vez no todos saben que

nuestra Congregación, si en los últimos tres años ha sufrido las pérdidas más sensibles, no obstante en la escala estadística de las grandes Congregaciones de varones, al menos según los datos que hemos recibido, ha sufrido un porcentaje de pérdidas de los más bajos.

Un elemento que influye notablemente en la determinación de esta nuestra situación es el hecho de que el número global de los neoprofesos, aun habiendo disminuído mucho respecto a los años que podríamos llamar del boom de las vocaciones, todavía se mantiene a un nivel que compensa discretamente las pérdidas debidas a los que salen.

Naturalmente esta constatación no puede hacernos cerrar los ojos ante la grave realidad que amenaza a las Inspectorías y a la Congregación. En particular no podemos callar ni despreciar el fenómeno de la hemorragia aun grave y a veces casi crónica que sufren varias Inspectorías, a la par con el consiguiente envejecimiento del personal y de su insuficiencia para las tareas tomadas anteriormente.

El problema, mejor el conjunto de problemas que pone la crisis de vocaciones no es sencillo ni fácil, y está íntimamente unido con otros muchos problemas, algunos de los cuales a un observador superficial, podrían parecer ajenos a él. Como se verá por la relación, se ha adelantado bastante afrontando a diversos niveles el problema *como se presenta hoy*, pero me parece poder decir que hay todavía mucho camino que andar, y camino áspero y difícil.

Habremos de armarnos de mucha humildad para examinarnos realísticamente y ver claramente, por cuanto de nosotros depende, las causas que han determinado o determinan esta hemorragia, para afrontar con decisión, en sus justos términos y de las maneras más oportunas, todo el problema, en todos sus aspectos.

El Capítulo General Especial en cuyas manos está, podemos decir, la vida y el mañana de la Congregación, estudiará a fondo el problema de las vocaciones, de su crisis y de todos los fenómenos anexos.

La aportación de hombres tan bien calificados que vienen de los lugares más diversos, con las más variadas experiencias y especialmente animados por un amor sincero y concreto a Don Bosco que vive perennemente en la Iglesia por medio de la Congregación, será preciosa para reanimar en ésta la doble fecunda vitalidad espiritual y apostólica que, mientras por una parte atenúa las dolorosas pérdidas, por otra atrae e inspira confianza a la juventud de nuestro tiempo.

Los salesianos coadjutores

A propósito del « Salesiano » y de las vocaciones y de las relativas crisis, la relación — con razón — se alarga en dar a conocer la situación de nuestros queridísimos hermanos, los salesianos coadjutores, en sus diversos aspectos y momentos. Me apresuro a deciros que tenemos en la Congregación, un poco en todos los continentes, muchos magníficos salesianos coadjutores, no sólo de edad madura, sino también de los jóvenes, que son ejemplares bajo todos los aspectos: generosos en el trabajo, con mucha frecuencia verdaderamente sacrificados; muchos dotados ya de una preparación cultural y técnica que los ha puesto en condiciones de desempeñar brillantemente cargos no siempre fáciles: también su presencia en las estructuras de gobierno y en la acción educativa se ha demostrado muy positiva.

Mas lo que me parece un deber hacer resaltar aquí es su vida religiosa y salesiana vivida con coherencia consciente y sufrida, digo sufrida, porque no siempre encuentran los apoyos directos o indirectos que tendrían derecho a esperar.

Hecha esta justa constatación, debo añadir que por desgracia a las pérdidas se añade un hecho muy grave, la paralización de las vocaciones de coadjutores a tal punto que a muchas Inspectorías les faltan coadjutores, y no sólo ahora, tanto en el noviciado como en los años siguientes. Este vacío no puede dejarnos indiferentes. Aun reconociendo las diversas causas que lo han ocasionado y lo ocasionan, me parece que son también causas dependientes de nosotros. El Capítulo — considerando la realidad de la situación — no dejará ciertamente de descubrirlas para encontrar los medios y los modos más adecuados para eliminarlas o al menos para disminuirlas.

En la Congregación es algo esencial la presencia del Salesiano Coadjutor con sus características inconfundibles que lo distinguen netamente del lego de muchas otras Congregaciones (realidad no siempre ni en todas partes comprendida). Como he dicho en otras oportunidades, la Congregación, según mi opinión, no sería la que Don Bosco ha concebido y querido, si haciendo una hipótesis absurda llegara algún día a faltar en ella el elemento esencial del Coadjutor Salesiano.

Por consiguiente ese argumento tendrá ciertamente su profundización en esta asamblea, mirando a Don Bosco y a toda la constante

línea mantenida al respecto por los sucesors y, al mismo tiempo, considerando la renovada valorización que se les ha dado por el Concilio Vaticano II a los laicos en la Iglesia y en la vida religiosa y las vivificadoras perspectivas que de ello se siguen.

La acción salesiana y la juventud pobre

Pero el Salesiano — ya como persona ya como elemento vivo de la comunidad en plan local, inspectorial y de Congregación — para vivir su peculiar vocación debe ser un realizador de la misión que la Providencia ha confiado a la Congregación. Salesiano y misión del salesiano son dos elementos que se relacionan con necesaria reciprocidad.

He aquí la segunda parte de la relación que el Consejo os presenta: la acción Salesiana. Se os ilustrarán, con los criterios señalados antes, o sea sin descender a particularidades, los sectores en los que se desarrolla y se subdivide nuestro apostolado en el mundo.

Es superfluo recordar que ese apostolado, mientras tiene su campo de evidente preferencia en la juventud especialmente pobre y necesitada, es también cierto que se desarrolla, ya desde los orígenes, en un cierto pluralismo.

Hablando de apostolado entre la juventud pobre, de obras de asistencia y promoción social, para tener y ofrecer un conocimiento lo más posible completo y actualizado, hemos pedido a todas las Inspectorías un trabajo de última hora en esta ya de suyo trabajosa preparación del Capítulo General.

Más que un elenco árido y desarticulado hemos pedido una relación que presente y describa objetivamente los aspectos y correlativos en todas las actividades que comunidades, grupos y hasta hermanos aislados desarrollan en las más variadas formas en favor de los pobres, máxime si son jóvenes.

Deseo agradecer aquí a aquellos hermanos que en las diversas Inspectorías se han impuesto el difícil trabajo de recoger en forma sistemática todo el material informativo requerido. Pero en este momento creo interpretar el sentimiento unánime de la asamblea expresando la gratitud de la Congregación a los millares de hermanos que bajo todos los cielos, en las formas más diversas y atrevidas, con un sentido de completa entrega, siempre acompañada de humildad y sencillez, sin

ninguna búsqueda de aplausos o de cualquier forma de publicidad, mirando siempre a Cristo y a Don Bosco, son los buenos samaritanos de tantos pobres hermanos necesitados.

Hace poco Pablo VI al hablarme de nuestros hermanos que trabajan — pobres entre pobres — en la inmensa y miserable ciudad de barracas de Tondo (Manila) que el visitó, me repetía con acentos de profunda y convencida conmoción: « ¡Son héroes! ¡Son héroes! ».

Como los hermanos de Tondo, otros muchísimos merecen este elogio. En efecto, gracias a Dios, los hermanos de Tondo no son los únicos en la Congregación que trabajan por los pobres con espíritu de sacrificio acompañado de aquella alegría que procede de la fe. Con el enérgico empuje que dará el Capítulo confiamos que ese número aumente y, con el número, aquel espíritu de caridad sobrenatural que es el único propulsor capaz de alentar a estas generosas actividades salesianas.

Volviendo a la documentación de las actividades en servicio de los pobres, pienso que los Capitulares hallarán en la misma material suficiente para darse cuenta de la posición concreta de la Congregación en dicho campo muy connatural a ella y para el cual hoy en la Iglesia y en nuestro ambiente se es — y con razón — particularmente sensibles, especialmente por parte de los jóvenes. Esa documentación estará a disposición de los Capitulares en su forma original así como nos ha llegado de cada Inspectoría.

En la documentación, probablemente, junto a muchas luces dignas de alabanzas se encontrarán también notables sombras, obscuridades y formas que manifiestan una sensibilidad disminuida y hasta en ciertos casos desaparecida. Tarea del Capítulo será naturalmente el de encontrar formas nuevas para volver, donde haga falta, con renovado y animoso empuje al trabajo al servicio de la juventud pobre en la línea y en el espíritu de nuestro Padre.

Los centros juveniles

Cabalmente con respecto a este nuestro insustituible apostolado que es ante todo y de preferencia orientado a los jóvenes, me parece justo, continuando la relación sobre el estado de la Congregación, subrayar dos hechos según mi opinión muy significativos y con recíprocas interferencias.

En 1967 el Rector Mayor había lanzado la iniciativa de la creación de un centro juvenil en cada Inspectoría, trasformando para el caso alguna obra preexistente, con la finalidad de presentar en cada Inspectoría una obra que, siempre en la fidelidad substancial a la idea del Oratorio de Don Bosco, la renovara adaptándola audazmente a nuestro tiempo, y poniéndola al servicio de los jóvenes de hoy, con actividades que correspondieran a las verdaderas y diversas exigencias de los tiempos.

Esta invitación, como es natural, suponía ante todo un esfuerzo y una preocupación para buscar nuevos caminos correspondientes a las necesidades actuales.

En honor de la verdad y con toda sinceridad, debo decir que dicha invitación no parece que haya tenido mucha suerte: algo se ha hecho, y me complazco en dar fe de ello como se merece, pero se debe admitir que ha sido poca cosa, siempre que no se tratara simplemente de aplicar una « etiqueta » que de alguna manera « canonizara » iniciativas muy lejanas de la idea del auténtico Centro Juvenil.

El hecho, según mi parecer, va subrayado no tanto por lo que puede ser en sí mismo, sino más bien por las motivaciones y las situaciones que supone y por su muy estrecha relación con el otro hecho de mayor dimensión y gravedad del que se ocupa la relación al Capítulo General y sobre el cual deseo atraer vuestra particular atención.

El reajuste y sus resultados

Obedeciendo a las deliberaciones del Capítulo General XIX, el Rector Mayor con su Consejo, después de un amplio y muy profundo estudio de preparación, invitó a todos los miembros de la Congregación por medio de los diversos órganos de gobierno, para que colaboraran en la realización de aquella amplia, completa y vital operación que se lanzó bajo el nombre de *reajuste* de las obras. Si bien imperfecto, de todos modos era el primer tentativo — diríase « ante litteram » — para interesar a todos los miembros de la Congregación en los problemas de la misma.

¿Cuáles fueron los resultados de esta « operación »? Debemos sinceramente admitir que no fueron muy brillantes por cierto. Por otra

parte las varias causas de la falta de éxito, después de un examen sereno y detenido, se han podido reducir a una.

Y aquí debemos con toda humildad decirlo: en las diversas ramas de la Congregación no estábamos preparados ni psicológica ni técnicamente para afrontar con la necesaria claridad y con el valor más necesario aún el conjunto de problemas que el reajuste imponía, ni a darnos cuenta concretamente de los muchos valores e intereses espirituales, apostólicos y formativos que el mismo entendía no sólo defender, sino potenciar, considerando la realidad en la cual la Congregación vive y las perspectivas que inexorablemente encontrará en un futuro no muy lejano. En efecto no se trataba únicamente de cerrar obras, sino de estudiar todo un plan de acción realístico, previsor y de amplio alcance del cual la reducción de las obras era únicamente una parte o mejor el momento inicial.

Pero como ya dije no estábamos suficientemente preparados y maduros para una operación de tales proporciones.

Debo sin embargo decir que en estos últimos años se ha registrado sobre este punto una positiva evolución en nuestro mundo; una prueba evidente de ello es que en no pocas Inspectorías la operación del Reajuste se reanudó muchas veces también en los Capítulos Inspectoriales y con criterios decididamente diversos de los de un primer tiempo, más bien negativos, señal evidente que las ideas justas, si bien lentamente, avanzan y acaban con abrirse camino y hallar acogida en los ánimos abiertos a la verdad y al bien verdadero.

De todos modos el Reajuste ha producido algunos frutos: el paro casi total de nuevas obras... pero cuánto nos ha costado resistir las presiones!...

El no haber logrado un inmediato éxito del Reajuste, por las razones indicadas, me parece un llamamiento a la realidad: cuando se formulan planes de trabajo, hay que tener siempre en cuenta el terreno sobre el cual se apoyan y antes todavía los hombres que deben saber y poder realizarlos.

Los Dirigentes

Con el reajuste estaba y está muy íntimamente relacionado el problema de los Dirigentes en todos los niveles en la Congregación.

Este problema, es mejor decirlo en seguida, se siente también fuera de la Congregación, en la Iglesia y en la sociedad civil y en sectores de particular importancia: política, industria, economía, sindicatos, etc. y esto por causas complejas que no es necesario elencar aquí.

Examinando nuestro ambiente, todos constatamos cada día las dificultades para hallar directivos que respondan a las exigencias actuales en las comunidades y en las obras. Las dificultades aumentan todavía por el grande número de puestos directivos que hay que cubrir; hago notar que no son sólo los Inspectores y los Directores quienes realizan tareas directivas. Pensad, por ejemplo, en los Vicarios Inspectoriales — para no hablar de los locales —, en los párrocos (cerca de 700 parroquias en la Congregación), a los Directores técnicos, a los Ecónomos Inspectoriales, a los Maestros de noviciado, a los Directores de Oratorio, etc.

Un cálculo con buena aproximación lleva a esta conclusión: de cada 2 ó 3 sacerdotes salesianos hay que sacar un Dirigente. Esto puede aclarar muchas situaciones, y, digámoslo sin miedo, muchas deficiencias en los más variados sectores de nuestra vida, desde el religioso al pastoral, del organizativo al administrativo. Es cierto, ya se ha comenzado a dar una específica preparación a los nuevos Inspectores; en diversas partes desde hace algunos años se organizan cursos para neo-directores y para otros responsables de sectores determinados. Muy bien: pero todo esto no resuelve el problema que es muy amplio y tiene sus consecuencias no ciertamente positivas en la vida de la Congregación.

El problema de la falta de personal dirigente, ya de suyo muy grave, se junta con otras situaciones que derivan, por lo menos en grande parte, de la misma matriz: la falta de proporción entre el personal y los compromisos de actividades. Más claramente, como repetidas veces ha sido señalado, ha habido un desarrollo excesivo en el sentido cuantitativo, quiero decir que se han multiplicado las obras, a veces en concomitancia con la disminución evidente de las vocaciones, con consecuencias que no es difícil constatar.

Me parece, que, en vista también de la hemorragia que en estos momentos aflige a la Congregación, será necesario con extremado valor restringir los frentes estudiando bien nuestras aceptaciones. Sólo así la Congregación podrá realizar su vital e impostergable desarrollo cualitativo en profundidad, o sea podrá cuidar la calificación ante todo

espiritual-teológica-pastoral hoy necesaria más que nunca y al mismo tiempo aquella cultural-profesional-técnica de los hermanos.

Pienso, por ejemplo, en la necesidad que tenemos de hermanos preparados en Teología Espiritual, en Catequesis, en Liturgia: pienso en la necesidad de preparar sujetos en los diversos sectores de la Comunicaciones sociales, en primer lugar para la prensa.

Es cierto que en algunas partes se advirtió esta grave necesidad y se provee, pero no es suficiente: es necesario — según mi parecer — una acción en la Congregación que corresponda a planes concretos con criterios realísticos.

Me auguro que los Capitulares, haciendo propias las preocupaciones que fueron ya del Capítulo General XIX, den a la Congregación aquellas claras y precisas directrices aptas para salvar esas dos exigencias vitales: la calificación de los Salesianos, especialmente para las casa de formación, y juntamente la adecuación del personal dirigente a las necesidades actuales.

Las misiones

Una palabra sobre el tema de las Misiones.

Al llamamiento del Rector Mayor para ir a la América Latina han respondido todos los años un discreto número de sacerdotes: el equilibrio de las fuerzas en las Inspectorías de origen no ha permitido aceptar siempre todas las peticiones, pero los que hemos podido enviar han dado una válida ayuda en numerosos lugares de misión o cuasi-misión que tenían de la misma una grave y urgente necesidad. Pero quedan por resolver muchos y graves problemas.

Mientras Asia, especialmente la India, en su conjunto se mueve hacia una cierta autoalimentación de vocaciones autóctonas, Africa a este respecto se encuentra con cierta dificultad y pienso que el Capítulo — al tratar de las Misiones — dirigirá su atención sobre este inmenso continente que ofrece un campo no sólo amplio, sino abierto a la evangelización. Problema grave, — también por las responsabilidades que proceden ya de motivos históricos ya de nuestra muy notable presencia en aquel continente — es el de la América Latina.

Pablo VI en la audiencia de que os he hablado me decía textualmente: « ¡Ayudadme a salvar la América Latina! ». Nosotros sentimos

toda la angustia de este llamamiento del Padre y el compromiso con que empeña nuestros corazones. Don Bosco no hubiese ciertamente quedado insensible; pero no podemos ignorar la sensible y constante disminución de nuestras fuerzas en América Latina, no obstante el aporte de Europa. El Capítulo se ocupará de este grande y difícil problema, pero pienso que su misma dificultad nos empujará a buscar también en otras partes soluciones adecuadas: una, me parece, hay que buscarla en la preparación de laicos salidos de nuestras obras, para tener conscientes y válidos colaboradores nuestros en los más diversos sectores de nuestro apostolado.

Por desgracia muy poco se ha hecho hasta el presente entre nosotros para valorizar la aportación preciosa de los laicos.

Se acaba apenas de iniciar aquí en Roma algo para preparar seriamente laicos que colaboren con nosotros en los países que más lo necesitan, pero hago votos que no sólo en Europa, sino en los mismos países de América Latina y de otros continentes, después del Capítulo General, nos comprometamos seriamente a promover semejantes iniciativas utilizando la experiencia de quien nos ha precedido. Se sacará de ello una doble ventaja: para los que recibirán la ayuda de estos laicos, y también para los mismos laicos que recabarán un enriquecimiento espiritual, apostólico y salesiano.

La solidaridad fraterna

No puedo dejar por lo menos de señalar la « solidaridad fraterna ». La iniciativa, como se ha repetido, escrito y afirmado, tiene como finalidad romper determinadas barreras psicológicas y desarrollar una sensibilidad comunitaria y al mismo tiempo misionera que se exprese con hechos concretos. Deriva, lato sensu, del Perfectae Caritatis, mejor aún de la idea conciliar. La ayuda económica que llegó a muchas de nuestras obras, que se debatían en graves dificultades, ha sido ciertamente un hecho tangible de la iniciativa. Y aprovecho para agradecer una vez más a las Inspectorías, comunidades y hermanos que, conscientes del significado y de la finalidad de la iniciativa, han querido — y hasta con notables sacrificios — venir al encuentro de las necesidades de los hermanos y de las obras en dificultades. Pero la solidaridad no puede y no querrá quedarse en la ayuda económica, aunque apreciable.

La solidaridad, como por otra parte se comienza a constatar, deberá extenderse a campos y sectores mucho más comprometidos que serán fecundos para quien da y para quien recibe. Será la señal y el fruto de aquella caridad que es la base de toda renovación: en la Iglesia como en la Congregación.

Siguiendo las orientaciones del P. C. con el fruto de la solidaridad hemos dado nuestra ayuda aún fuera de la Congregación a diócesis del Vietnam, a Obispos y Religiosos del Pakistan y de la India, a obras sociales diversas en el Brasil.

Apostolados sociales

De la lectura de la relación sobre los Apostolados sociales aparecerá claramente, con lo que ya se ha hecho, lo mucho que queda por hacer y todo el espacio todavía abierto a nuestra actividad entre los Cooperadores, y esto sea por las orientaciones del Concilio en el Apostolado de los laicos, sea por el muy precioso potencial de múltiple colaboración consciente y calificada que nosotros podemos encontrar en nuestros laicos y de la que tenemos cada vez más evidente y grave necesidad.

Es este, según mi parecer, un punto de los más vivos e interesantes, ligados a la grande idea de Don Bosco, que el Capítulo tendrá que profundizar para sacar profundas y claras conclusiones.

Con respecto a los Exalumnos se han obtenido progresos en diversas partes de la Congregación para su organización y asistencia, pero será necesario en este argumento desarrollar nuestra sensibilidad en todos los niveles de responsabilidad: el cuidado de los Exalumnos no es una actividad superflua cuya suerte está vinculada a la manera de ver de uno u otro, sino el natural y necesario perfeccionamiento de la educación que hemos dado, y que ha costado años y años de trabajo sacrificado a tantos salesianos. También esta es una responsabilidad que corresponde a toda la Comunidad, aún cuando de ellos deban encargarse algunos en particular.

De cualquier modo, descuidar esta actividad crea un vacío y un daño, como si se mutilara toda nuestra acción educadora.

También para los Instrumentos de Comunicación Social podéis constatar que se ha tratado de dar algunos pasos adelante, siguiendo normas y orientaciones del Concilio y de la Jerarquía. Hay que observar

que este sector del apostolado entra en las finalidades específicas de nuestra Misión en la Iglesia. El problema más grave y — digámoslo sin más — no encaminado aún hacia una precisa solución, es el de las personas preparadas para esta forma de apostolado hoy más que nunca de actualidad bajo todos los aspectos. Pero aquí también el discurso vuelve sobre el reajuste de las obras, su jerarquización y las consiguientes calificaciones de los hermanos.

Gobierno y estructuras

Y pasemos al *Gobierno* y a las *Estructuras* de la Congregación, como hoy se suele llamarlas.

En la relación, si bien con no muchos detalles, se encuentra suficientemente descrito el trabajo, y digámoslo también, de no poca monta, que se ha podido realizar en estos años a todos los niveles, y más todavía, la evolución que ha ido madurando y transformándose en nuevo estilo y nuevos criterios de gobierno, evolución que aparecerá tanto más notable si se la compara con la praxis y la mentalidad misma que todavía existía hace muy pocos años, cuando se dió comienzo a la realización de las deliberaciones del Capítulo XIX que habían sido confirmadas por la autoridad del Vaticano II.

Un conjunto de ideas ha sido la base de todo este trabajo que del centro ha irradiado capilarmente y con fruto a toda la Congregación. Estas son: corresponsabilidad, co-interés, participación, información, diálogo.

A estas ideas responden muchísimos encuentros del Rector Mayor con Inspectores, Consejos Inspectoriales, Directores, Hermanos especialmente responsables de algunos sectores (p. ej. Casas de formación), en los diversos continentes, y en numerosos encuentros de otros Superiores, ya de los Dicasterios ya Regionales, con las Conferencias Inspectoriales y con otros grupos y categorías de Hermanos. Se ha observado que nunca como en estos años ha habido un contacto tan frecuente e intenso entre el Centro y la periferia.

La observación corresponde a la realidad: añadiría que estos encuentros en clima de fraterna comprensión, y con el fin de darse cuenta todos juntos e « in loco » de los problemas, son — bien preparados y programados — un instrumento muy eficaz para un gobierno que

quiera obtener no tanto el cumplimiento de unas deliberaciones impruestas desde arriba y desde lejos, cuanto la búsqueda de las soluciones más oportunas a la luz de la realidad, de los lugares y de los tiempos, y poniendo en común y cotejando los frutos de las diversas experiencias.

Un aspecto muy positivo de esta colaboración y corresponsabilidad ha sido la consultación de los hermanos con respecto a nombramientos para cargos de particular responsabilidad.

En la grande mayoría de los casos se ha constatado criterio y madurez de juicios, y, por consiguiente, indicaciones bien atinadas y oportunas. La experiencia, que se ha mostrado en su conjunto muy positiva, como muchas otras experiencias, será bien determinada y perfeccionada por el Capítulo General. Pero me parece que se pueda sin más afirmar que vamos por buen camino.

La economía

Y hemos llegado al último punto de la relación: la economía.

Para descender en seguida a lo concreto, en este delicado sector la acción del Ecónomo General, en continuo contacto con el Rector Mayor y el Consejo, se ha desarrollado siguiendo las dos directrices señaladas por las Constituciones: guía y servicio para las Inspectorías, administración de los bienes no pertenecientes a ninguna Inspectoría y cuidado de las actividades propias de la Dirección General.

La relación os presentará una amplia reseña de lo que se ha hecho para dar a las administraciones, sea inspectoriales que locales, una organización correspondiente a la importancia, a la delicadeza y en muchos casos a la complejidad del hecho administrativo.

Los encuentros en todos los niveles y sectores, los cursos, la continua consultación y los frecuentes contactos entre periferia y centro, han sido óptimos instrumentos para mejorar muchas situaciones en el sector administrativo-económico-financiero que tiene necesidad de personas muy bien preparadas.

Quedan deficiencias de diversas formas y proporciones, debidas a diversas causas: pienso que el Capítulo querrá confirmar y también perfeccionar esta acción, que, comprendida como se debe, es un servicio necesario y muy útil a la comunidad y a su trabajo apostólico.

En segundo lugar, como decía, la actividad del Economato General

se ha desarrollado en todos los sectores de competencia de la Dirección General: debo decir que ha sido un trabajo que bien merece todo nuestro agradecido aprecio.

La lectura de la relación servirá ciertamente para darse cuenta, dejando a un lado fantasías y leyendas difundidas de tantas maneras con daño de la Congregación, de la realidad, la verdadera, muy diversa de dichas fantasías.

La primera realidad que aparece inmediately a la vista de quien toma contacto con la relación es ésta: la Dirección General de la Congregación, para enfrentarse con los urgentes gastos que suponen todas sus actividades no tiene ningún fondo o contribución segura o fija, ni de la Congregación ni de fondos estables. Como podréis constatar por la lectura de la relación, la Dirección General, con todo lo que esta expresión comprende y supone de cargas y de compromisos en plan mundial, vive de lo que la Providencia envía por medio de los bienhechores, muchas veces muy modestos y casi exclusivamente de Italia: la aportación de algunas casas — digno siempre de aprecio — representa una gota en el mar de las necesidades.

Vivimos de la caridad de los bienhechores

La actividad, pues, de la Dirección General en práctica está totalmente apoyada en la beneficencia. Pero será natural que os preguntéis cuáles serían las consecuencias si se acabara o aún sólo si se parara esa benéfica fuente. Don Bosco que fué adelante siempre entre deudas y bienhechores no permita que sus hijos pierdan aquella confianza que hacía descender sobre El la bendición del Señor, aún a través de la ayuda material.

De todos modos pienso que el interrogante habrá que formularlo aún en vista del traslado a Roma de la Dirección General y en la hipótesis que el Capítulo quisese buscar otras orientaciones con respecto a la vida de muchas de nuestras obras en el mundo sostenidas por la Dirección General.

Es evidente que nosotros vivimos y debemos vivir ante todo de nuestro trabajo: pero es a la vez evidente que, por las más diversas causas, nuestro trabajo muchas veces no es suficiente para conservar las obras (pienso a las enormes dificultades que encuentran no pocas

Inspectorías para hacer frente a los gastos del personal en formación), mucho menos para crear nuevas, especialmente cuando se trata de ciertos tipos de obras que se ponen sin embargo en la línea de nuestra misión, como puede ser una escuela profesional, un obra de asistencia o una casa de Ejercicios, o también el Ateneo o la Casa Generalicia. En estos y otros casos semejantes la Congregación tuvo siempre necesidad de bienhechores, personas u organizaciones, que de una manera o de otra sirvieron para suplir nuestra absoluta falta de medios financieros.

Pienso en este momento, sólo para citar un ejemplo, en la enorme cantidad de bien realizado por las casas misioneras que por decenios han derramado, se puede decir, por todo el mundo salesiano a centenares de hermanos. Una documentación nos informa que el número de salesianos salidos de esas casas es de cerca de dos mil quinientos.

Ahora bien, esas grandes y fecundas obras llevan nombres como Rebaudengo, Bernardi-Semeria, etc. Han sido grandes bienhechores los que han dado los medios para construirlas o equiparlas.

Y el elenco podría continuar; no sólo en Italia, sino en casi todos los Países muchas de nuestras obras existen y viven por la generosidad de que hablaba antes.

Aún recientemente se han podido realizar ciertas obras sólo por la ayuda que nos han brindado nuevos bienhechores. Pero esta ayuda, doquiera nos ha sido ofrecida, nunca ha servido para atar de algún modo nuestro apostolado, nuestros métodos, nuestra libertad de acción; nunca nos ha comprometido o implicado en operaciones o situaciones de cualquier modo en contraste o siquiera menos convenientes a nuestra condición de religiosos, de salesianos. Ciertamente que no se puede dedicar a otras finalidades, que sin embargo podrían significar un éxito en ciertas particulares situaciones, bienes recibidos únicamente para determinados fines en acuerdo con nuestra misión.

Yo comprendo la sensibilidad actual y estoy convencido que, no sólo no debemos desconocerla, sino que debemos tenerla muy en cuenta y sacar las necesarias consecuencias también para nuestra acción. El Capítulo se ocupará ciertamente de este argumento que tiene reflejos y repercusiones de amplio alcance en muchos sectores de nuestra misión. Pero me parecería injusto e irracional ante todo querer juzgar las situaciones pasadas, o de cualquier modo derivadas del pasado, con los criterios y la sensibilidad de hoy.

Y luego aún frente a las situaciones, sensibilidades e instancias actuales debemos proceder con aquella serena y sabia visión de quien sabe distinguir el oro de la ganga, lo que es simplemente contingente, fruto de una cierta llamarada del momento, de lo que tiene valor imperecedero: así pienso que también Don Bosco en esta situación sabría distinguir rectamente los « signos de los tiempos ».

Pero ya es tiempo de acabar. Naturalmente la economía planteada como se debe y en el lugar que le corresponde, tiene su función instrumental en la vida de la Congregación, pero no es ciertamente este su problema central.

El problema central es siempre el Salesiano

Para mí, y creo que todos estaréis de acuerdo, el problema central de la Congregación en el cual el Capítulo concentrará su interés y del cual todos los demás problemas derivarán su sentido es el Salesiano, su identidad, su misión, su formación, su estilo de vida y todos los valores que en él convergen. Es el Salesiano la estructura viva, verdadero sostén de la Congregación, mejor aún el corazón, la vida, la razón de ser de la Congregación. Por esto permitidme que exprese todavía una firme convicción personal que, partiendo del Concilio, de todo el magisterio post-conciliar, de las experiencias recogidas en los encuentros con Superiores Mayores, me ha sido sugerida por los contactos, numerosos y muy variados, que he podido tener en los diversos continentes con centenares y centenares de hermanos.

De nada serviría todo el inmenso trabajo hasta el presente sostenido por la Congregación para preparar este Capítulo y el trabajo no menos grave y pesado que estamos por iniciar si, quod Deus avertat, de este Capítulo no surgiera un salesiano concretamente y vitalmente renovado.

Pero podemos decir con plena confianza que la hipótesis carece en absoluto de fundamento: y por muchos motivos.

Por esto, volviendo a la relación que os he presentado y comentado, ella, con todo lo que de positivo y de negativo ofrece a vuestra consideración, mientras os presenta el cuadro de la Congregación lo más realista y existencial posible, no quiera absolutamente inducir en la tentación de quedarse en un estéril criticismo, sino que anhela brindaros una concreta plataforma de la cual salir con renovado empuje,

después de una valiente y fecunda revisión, para actuar el programa que ya a conclusión del Capítulo General XIX Pablo VI con feliz síntesis ofrecía a la Congregación y que conserva toda su actualidad: « Progresar ».

Me es grato y de buen augurio repetiros hoy esta palabra, también porque en ella me parece oír el eco de la palabra siempre viva y actual de nuestro dulcísimo Padre: « Nosotros no podemos pararnos ». La Virgen Auxiliadora nos ayude para recoger concretamente la doble invitación paterna: de la Iglesia — en la persona del Papa — y de nuestro Padre Don Bosco.



